

EDITORIAL

DE CHILE A CENTROAMERICA

El pasado 11 de septiembre se cumplieron diez años del derrocamiento del gobierno constitucional de Salvador Allende y del establecimiento en Chile de la dictadura del general Augusto Pinochet. La significativa ausencia de importantes delegaciones diplomáticas en las celebraciones oficiales, el vacío de público en el desfile militar de rigor y las masivas manifestaciones de protesta por las calles y barrios de Santiago simbolizan el desprestigio internacional y el fracaso nacional de un régimen que ha figurado con consistencia a la cabeza de los más graves violadores de los derechos humanos durante sus diez años de existencia. El retumbo de cacerolas vacías que preludiaron la caída de Allende ha vuelto a oírse con más insistencia hoy contra Pinochet, en una irónica reversión de la historia. Dos coaliciones de partidos opositores, la Alianza Democrática y el Movimiento Democrático Popular, se esfuerzan por canalizar el descontento del pueblo chileno, y se alternan en la organización de jornadas de protesta. Es posible que la brutalidad represiva del actual régimen logre aplazar su caída definitiva, acumulando aún más sangre en su récord, ya estremecedor. Sin embargo, los días de la dictadura de Pinochet parecen estar contados y todo lo que cabe preguntarse es cuán larga y costosa será su agonía.

El establecimiento del régimen de Pinochet, al que contribuyeron en forma decisiva los "intentos desestabilizadores" realizados por el gobierno norteamericano, no puede entenderse fuera del contexto. La doctrina de la "seguridad nacional" dictada desde Washington ha propiciado un tipo de regímenes militares en toda la América Latina, dignos sucesores de las dictaduras más oprobiosas del pasado. Las características de estos regímenes han sido un ultraliberalismo económico, abierto a todas las conveniencias del gran capital, junto con un implacable sistema represivo, orientado a estrangular cualquier conato de protesta y a ahogar cualquier voz de reclamo o disidencia. Los

resultados de estos regímenes están a la vista de todos: países en bancarrota económica, hipotecado su futuro a unas deudas abrumadoras, desarticulados políticamente por años de represión, deteriorada la raíz estructural de sus lacras sociales, y unidos a la voluntad de un gremio, el militar, renuente a abandonar los beneficios de todo tipo que obtiene al detentar el poder.

El fracaso del régimen chileno de Pinochet contiene importantes lecciones, particularmente apropiadas para los momentos de definición histórica que vive Centroamérica y, en particular, El Salvador. Esta lecciones se pueden sintetizar en tres: el fracaso del liberalismo económico para resolver los problemas de nuestros países, la catástrofe social y política que producen los regímenes fundados en la doctrina de la seguridad nacional y, finalmente, la miopía histórica de los sucesivos gobiernos norteamericanos hacia los problemas propios de los pueblos de América Latina.

*Desde el golpe de Estado contra Salvador Allende y el aplastamiento de los tímidos intentos de socialismo democrático realizados por el gobierno de la Unidad Popular, el capitalismo ha tenido el terreno libre en Chile. Apenas encaramado en el poder, Pinochet puso la economía chilena en manos de los **Chicago boys** quienes la orientaron según la más estricta ortodoxia monetaria aprendida de Milton Friedman. Ninguna traba de ningún tipo, mucho menos consideraciones de orden social o humanitario, restringió a los economistas de Pinochet al aplicar las políticas de su liberalismo a ultranza. La inmediata bonanza que estas políticas aportaron al capital chileno e internacional pronto se vio reflejada en los cantos propagandísticos al "milagro económico chileno", al que se empezó a comparar con el "milagro alemán" y el "milagro japonés". De nuevo se estaría mostrando la superioridad intrínseca del sistema capitalista para encauzar dinámicamente una economía.*

Hoy, apenas diez años después del golpe contra Allende, resulta difícil encontrar un país que se encuentre en una situación económica más desastrosa que Chile. Valga señalar, como ejemplo, que su deuda exterior, cifrada en más de veinte mil millones de dólares, es mayor a nivel per cápita que la de Brasil y México, los dos gigantes latinoamericanos cuyas deudas tienen atemorizado al sistema económico mundial. Por sorprendente que pueda resultar para ciertas mentes, el sistema capitalista ha fracasado en Chile incluso medido por sus propios criterios. La bancarrota es todavía más grave si, en lugar de atender a la eficiencia y al lucro económico, se mira a los costos sociales de esta política ultraliberal: una tasa de desempleo nunca vista en Chile, increíbles cinturones urbanos de hambre y miseria, desamparo generalizado frente al paro, el hambre y la enfermedad. El pueblo chileno no ha tenido que vaciar sus ollas para hacer resonar su descontento ante el régimen; sus ollas llevan ya muchos meses vacías.



El fracaso del régimen de Pinochet contiene importantes lecciones: el fracaso del liberalismo económico, la catástrofe social y política de un régimen fundado en la seguridad nacional y la miopía histórica de los sucesivos gobiernos norteamericanos hacia los problemas latinoamericanos.

La lección de Chile debe servir de recordatorio a los salvadoreños. Porque lo que en Chile ha sido un fracaso de diez años, en El Salvador lo ha sido por lo menos de medio siglo y quizás secular. El capitalismo salvadoreño ha sido incapaz de generar un mínimo de bienestar para la mayoría de la población salvadoreña, y apenas se ha mantenido ofreciendo privilegio sobre privilegio a una minoría. El cataclismo actual no ha sido provocado por los movimientos populares y revolucionarios o por las tímidas reformas impulsadas por la junta militar-democrristiana. Los niveles de miseria en que se ha debatido más del 70% de la población salvadoreña son testimonio irrefutable sobre el fracaso histórico del sistema capitalista en nuestro país, o, por lo menos, del fracaso de nuestro capitalismo criollo. Por más que escudriñe el pasado, el pueblo salvadoreño no puede encontrar algún "paraíso perdido" que le haga anhelar un retorno histórico. Baste recordar, como muestra, que, en 1979, ni un 10% de la población económicamente activa ocupada ganaba lo suficiente para comprar la "canasta mensual", definida como el mínimo para el mantenimiento de una familia. Por supuesto que las condiciones se han deteriorado desde 1979; pero esas condiciones denotaban ya entonces un fracaso económico, responsable muy central de la guerra civil que padecemos. En caso de que la tragedia de la guerra nos hubiera hecho olvidar la raíz económica que la generó, ahí está la experiencia chilena, el nuevo fracaso del liberalismo económico para resolver así sea en forma mínima los problemas del subdesarrollo y de la injusticia estructural.

El fracaso del régimen de Pinochet ha supuesto también el fracaso del modelo político basado en la doctrina de la "seguridad nacional", y cuyo sentido fundamental estriba precisamente en proteger las exigencias del liberalismo capitalista. El general Pinochet ascendió al poder a sangre y fuego, y todo parece perjudiar que a sangre y fuego cerrará su periplo dictatorial.

Casi un millón de chilenos tuvieron que abandonar su país ante la ola represiva instaurada por los militares, hasta entonces considerados un ejército profesional modelo, tanto por su obediencia a la ley y al poder civil como por su intachable ética, respetuosa de los derechos humanos de la población. Son otros muchos miles los chilenos que, desde 1973, han sido detenidos arbitrariamente, han sufrido todo tipo de vejaciones, han sido torturados o simplemente eliminados y/o "desaparecidos" a manos de las fuerzas militares o paramilitares. Si no por otra razón, el régimen de Pinochet pasará a la historia por su constante y masiva violación a los derechos más fundamentales de las personas.

Hoy, tras diez años de continua represión, cabe preguntarse qué beneficio histórico ha derivado Chile de tanto daño, de tanto sufrimiento, de tanta represión. ¿Se ha conseguido acaso la paz, la concordia entre los chilenos, un bienestar social siquiera mínimo? Por el contrario, los ríos de sangre derramados bajo el régimen de Pinochet sólo sirven para teñir en rojo las dimensiones de su fracaso político y social. Los recientes asesinatos por fuerzas de seguridad de quienes, desde el interior de sus hogares, hacían sonar la queja de sus ollas vacías, rubrica la única respuesta que los regímenes de seguridad nacional saben dar a las demandas populares, por justas que sean.

La participación norteamericana en el derrocamiento del presidente constitucional Salvador Allende muestra la importancia y el respeto que merecen los procesos electorales latinoamericanos para Estados Unidos cuando abocan a consecuencias que no son de su conveniencia o agrado.





Al régimen de seguridad nacional de Pinochet le corresponde también el triste honor de haber quebrantado una de las tradiciones democráticas más aceptables de América Latina. A imitación de su modelo político, el general Franco, Pinochet suprimió la vida legal de los partidos políticos, dejando a las Fuerzas Armadas como "el partido de Chile". La misma Democracia Cristiana, corresponsable del golpe contra Allende, fue marginada de la arena política. Como consecuencia, la vida institucional chilena se vio sometida a una férrea dirección militar, desde los ministerios hasta las universidades, desde las gobernaciones hasta los medios de comunicación masiva. Pero en Chile como en otros países se verifica una vez más que el militar no está preparado para asumir la dirección de la vida civil y que, cuando se le coloca al frente de instituciones no castrenses, se están siguiendo por lo general criterios orientados al control ideológico y a los pactos de conveniencia mediante el lucro personal. Ahora, fracasado el modelo económico ultraliberal y ante la inutilidad de las prácticas represivas para generar un mínimo de apoyo popular, el régimen de Pinochet muestra su verdadera desnudez, la carencia de proyecto histórico alguno, quedando reducido a lo que se ha dado en llamar una "dictadura de administración".

Una última lección sobre el caso de Chile concierne al papel desempeñado por el gobierno de Estados Unidos. Que hubo participación directa norteamericana en el derrocamiento del presidente constitucional Allende es algo que fue públicamente reconocido por el propio Richard Nixon. Este hecho, en el que estuvo involucrado el entonces secretario de Estado, Henry Kissinger, es ya de por sí un índice sobre la importancia y el respeto

*que merecen los procesos electorales latinoamericanos para Estados Unidos cuando esos procesos abocan a consecuencias que no son de su conveniencia o agrado. Al parecer, para los gobernantes norteamericanos resulta siempre preferible un dictador Pinochet, con sus múltiples y gravísimas violaciones a los derechos humanos, que un Allende demócrata, realizando tímidos intentos de socializar las estructuras económicas del país. La experiencia de Chile resulta hoy más preocupante ya que es una vez más Henry Kissinger, al frente de una comisión nombrada personalmente por Reagan, el llamado a proponer al gobierno norteamericano planes políticos a mediano y largo plazo para Centroamérica. Para la **Realpolitik** de Kissinger las demandas de los pueblos latinoamericanos nunca han representado algo más que un obstáculo poco importante para las graves consideraciones de contención antisoviética en el ajedrez político mundial. Pero esta política simplista de seguridad nacional es parte precisamente del problema que nuestros pueblos deben enfrentar. ¿Qué problemas han resuelto estos gobiernos inspirados desde Washington? Brasil, Argentina, Uruguay y Chile son cuatro instancias del costoso fracaso de una visión maniquea y miope, a contrapelo de la historia e irrespetuosa de las aspiraciones más fundamentales de los pueblos latinoamericanos.*

*A la luz del fracaso de la política de seguridad nacional en Chile, es necesario preguntarse si el actual gobierno de Ronald Reagan tiene alguna política alternativa para Centroamérica más lúcida que la que se deduce de su diagnóstico de confrontación entre el este y el oeste. La actual administración norteamericana se ha comprometido a fondo en la preparación, mantenimiento y dirección de la contrarrevolución en Nicaragua; pero, ¿qué proyecto histórico se ofrece como alternativa al sandinismo? ¿Un nuevo Pinochet o un Somoza redivivo? La actual administración norteamericana se ha empeñado en impedir el acceso al poder de las organizaciones populares y revolucionarias salvadoreñas; pero ¿ofrece alguna nueva opción a este sufrido pueblo más allá de la restauración de una oligarquía ambiciosa e intransigente y/o de un militarismo al estilo chileno o argentino? El fracaso de Chile prueba una vez más, si falta hiciera, que la política del "gran palo" no resuelve los problemas del hambre y miseria, de la injusticia y el subdesarrollo, sino que los exaspera y, a lo más, los aplaza. Una visión inmedatista de sus intereses y seguridad nacional está garantizando a Estados Unidos la agitación permanente de lo que ha dado en considerar *traspatio* de su propiedad.*

En Chile ha fracasado el modelo más puro de gobierno de "seguridad nacional" y con él toda una visión política impulsada por Estados Unidos hacia América Latina. Bien vale la pena una reflexión serena sobre las opciones que se abren a Centroamérica, hoy que el destino de nuestros pueblos se encuentra en la balanza de la historia.